

La ciudad de las palabras

Llueve sin cesar. Diego mira tras su ventana, las gotas caen como una cascada de sopa de letras, chocan en el cristal dejando mensajes indescifrables. Hace tiempo que dejó de interesarle el colegio, apartó de su vida los libros y, por lo tanto, de aprender una gran cantidad de palabras.

Sofía entra de golpe en la habitación de su hermano sacándole de su abstracción. Sabe que hace tiempo que no se encuentra bien.

—¿Qué tal mi chiquitín? —le dice mientras le achucha.

—Bien. ¿Me quieres dejar en paz? —contesta él enfurruñado.

—¿Qué te pasa?

—Ya lo sabes...

Sofía intenta aparentar serenidad, pero por dentro la preocupación la está mordiendo como cientos de termitas. Ha visto escondido en su mochila, el boletín de notas, y no son especialmente espectaculares.

—Hermanito—le dice— ¿alguna vez te has preguntado por qué hablamos con palabras?

—Déjame— contesta él.

—Todos los seres humanos—continúa Sofía—tenemos en nuestro cerebro una pequeña zona llamada área de Broca encargada del habla, lo que no sabemos es que, dentro de esa pequeña área, hay una ciudad donde habitan las palabras todas juntas, existen palabras “ancianas”, las de nuestros abuelos, yo me las imagino con bastón, canas y adorables, como *pillastre*. Otras “jóvenes” llenas de vida, cambios y en algunos casos muy relacionadas con

Internet como *influencer*; las hay largas como *exterminación* o *escalofriante* y cortas como *mar*...

—Pufff, que sí, que sí, ¡pesada! —interrumpe él— ¿quieres dejar de darme la lata?

Sofía lleva tiempo preparando el discurso y no piensa irse sin soltarlo todo.

—las palabrotas —dice con voz grave — son detenidas y llevadas a un centro penitenciario hasta que el "portador" madura y tiene libertad de usarlas. Las raras o poco comunes son marginadas en rincones de mentes cultas. A veces, en esta ciudad, surgen conflictos que desencadenan guerras, haciendo que sílabas y letras se mezclen causando en el hablante dislexia o tartamudez.

» En tu interior, Diego, tu ciudad es un caos, las palabras que deben estar siendo controladas son libres de ser pronunciadas cuándo y cómo quieran, y, sin embargo, las mínimamente cultas están reprimidas y apartadas, sólo eres capaz de pronunciar insultos y términos llenos de rabia.

—¡Ya estás dándome leccioncitas de vida! —respondió enfadado.

Sofía ignoró el comentario y prosiguió con la historia.

—Lo que no sabes es que con esfuerzo, eres capaz de controlar su uso impulsivo.

Diego sintió un escalofrío en la cabeza. Su hermana le miró con una cara de seguridad y sonrió.

—Ellas intentarán defenderse, salirse con la suya, pero no pueden sin tu ayuda, por ejemplo, di antropomorfo. Diego puso los ojos en blanco.

—Antropomorfo —repitió escéptico.

En el acto, sintió un pequeño cosquilleo en la cabeza, le resultó satisfactorio, volvió a repetir la palabra esperando sentir de nuevo esa sensación, pero no lo consiguió.

—¿Por qué ya no funciona, Sofía?

Sofía se rio con una mirada perversa.

—Bueno creo que sé a qué te refieres —dijo Sofía—. Seguro que has tenido una sensación agradable, eso significa que uno de esos vocablos a los que tú llamas “raros” ha dejado de estar marginado por los demás, y todo porque lo has utilizado.

—Vale, pero me ha gustado mucho la sensación ¿cómo puedo repetirlo?

—Siempre puedes leer un buen libro, ahí encontraras muchos términos nuevos, y otros que tenías olvidados. Te ayudará a liberar tus emociones, a descubrir, soñar y, sobre todo, a crecer como persona.

Un buen día, Diego empezó a leer libro tras libro con el afán de repetir la experiencia, de recuperar esa sensación tan gratificante. El ingenioso truco de su hermana funcionó, mejoró drásticamente sus notas y la seguridad en sí mismo.

Veinte años después, Sofía le fue a visitar a su trabajo, desde la puerta entreabierta le vio contando la "historia de la ciudad de las palabras" a sus alumnos. Las ventanas estaban abiertas, entraba el aire cálido de abril, Sofía sonreía feliz, se dijo en voz baja "esto sólo puede ser otro milagro de primavera".